

EL ALMIRANTITO EN LA FERIA



L prezo Almirante, hijo del dictador, le cogió la perra de que una grúa enorme, que se exhibía en la Feria de Muestras de Barcelona hace más de una docena de años, tenía que ser suya. El rodeo protocolario y oficioso que la comitiva estaba dando al recinto se convirtió, a partir de entonces, en un paso de saine. "Excelencia —le decía el chambelán de aquella corte de pacotilla—, esta grúa no se vende y no es un juguete. Es un mecanismo útil y beneficioso destinado al trabajo, que debe dar pan en el sucesivo a gentes de este país, por el cual estamos invitados." Era inútil; el infante pateaba y berreaba, incapaz de comprender los valores del aparato. ¡Qué pan, ni que historias! Lo que quería el Almirante era la grúa y no había en su séquito nadie con autoridad suficiente para disuadirle. Nadie había logrado disuadir jamás a aquel rapaz de diez años, Almirante por decreto y personaje en uniforme con charreteras por paterna disposición.

Quien más sufría con el lance era el propietario de la grúa, un benemérito barcelonés con mucha prosapia industrial, educado en moldes de urbanidad decimonónica que tenían un decálogo muy simple. Los próceres más encopetados de la industria recibieron de sus progenitores en su niñez más de un guantazo pedagógico, que les puso en adelante al paio de tormentas como las que agitaban al Almirante. El propietario de la grúa no sabía qué hacer, ni cómo reaccionar, ni de qué medios valerse para soslayar la cuestión. La presencia de la debatida grúa en el Certamen era resultado de gestiones muy laboriosas; el artefacto estaba allí, a la vista de todos, después de costosos desplazamientos personales. Primero había tenido que desplazarse a Inglaterra, origen de la mercancía, y hacer el trato de compra de la grúa. Después tuvo que realizar media docena de viajes a Madrid, desde Barcelona, para forzar el permiso oficial. En los despachos del Ministerio había tenido que explicar con mucho detalle las especiales características que concurrían en el aparato, que lo hacían indispensable para el desarrollo de la economía española del momento. Hubo que airear las explicaciones en ciertos restaurantes con los funcionarios más reacios, sensibles al sabor del Pommery y a los efluvios del tabaco habano. A la etapa de las negociaciones siguió la del papeleo; los requisitos eran múltiples. Las "licencias" tenían un trámite laborioso. La delegación del prócer en Madrid tuvo que rectificar los papeles media docena de veces. Al fin los papeles estuvieron en regla y a punto de ser firmados. Aún opuso el propio señor ministro algunos reparos, a la vista de las instancias, pero por no atormentar al interesado con nuevas cuestiones de procedimiento acabó firmando la autorización. Las últimas pegas corrieron a cargo de la Dirección General de Aduanas. El titular del permiso de importación adjuntaba los comprobantes del depósito en el Banco de España, pero cierto olvido para una gabela de poca monta relativa a la declaración de Hacienda por "signos externos" en el año anterior amenazó durante unos días con dejar a la grúa detenida en la frontera. También este percance pudo, a la postre, ser superado. La grúa entró al fin en el recinto de la Feria, fue desembalada y montada en el "stand" y, en el día de la apertura del Certamen, fue bendecida, y bien lo merecía, por el señor obispo.

Y ahora el Almirante se emperraba en llevársela. "¿Qué Almirante ni qué cuernos?", mascullaba para sí, sonriendo amargamente con disimulo y enfundado en su chaqué, mezclado entre los subsecretarios, el doliente peregrino del vía crucis burocrático. "A este niño lo hago objeto de un rapto, esta misma tarde, con mis empleados de confianza", y empezaba a pasar mentalmente revista de apoderados y contables con adhesión a la empresa capaces de saltarse a la torera, por una vez, el Código civil. "A este niño, por muy generalito que sea, lo envío a un reformatorio con un tirón de orejas." Porque los aullidos del sátrapa, lejos de amenguar, conseguían dominar la música de los altavoces, que era la del "Siboni"...

El ministro de Asuntos Exteriores del pequeño país centroamericano, especializado ya en este tipo de conflictos, fue quien consiguió sobre la marcha resolver la situación. En rápido cambio de impresiones con el titu-

lar de la cartera de Hacienda, ofreció al Almirante una transacción, que fue primero desatendida, pero que luego hizo mella en el ánimo convulso al Almirante. En lugar de la grúa el pequeño personaje sería compensado con una partida de juguetes. El ministro de Hacienda fijó, a voleo, la cifra: mil quinientos dólares de juguetes para el Almirante.

El paciente y tenaz propietario de la grúa respiró, al fin, a sus anchas. Se le vio durante mucho rato sentado en un establecimiento de cervecería de la propia Feria, abanicándose con unos prospectos. Dejó el protocolo y se quedó a reposar y a dejarse lamer por la brisa fresca. Se le acercó un pequeño grupo de sus subalternos, que le andaban buscando. Se levantó de un salto: "Aprisa; que desmonten la grúa y vámonos".

mercado común

La determinación que tomaba de manera tan abrupta entraba en sus atribuciones. Hace unos años, no muchos, lo que se exhibía en la Feria de Muestras de Barcelona, no tenía nada que ver con la Feria misma; se debía, simplemente, a la munificencia y desprendimiento de los propietarios, por una tácita componenda con los organismos oficiales. Cuando los permisos de importación eran escasos, autorizados en ocasiones especialísimas y con cuantías, se concedían autorizaciones de importación de algunos productos con objeto de ser exhibidos en la Feria. Luego esos productos podían permanecer aquí y aquí se quedaban. Se trataba de una ficción o argucia de procedimiento. La Feria de Muestras venía entonces a ser un escaparate de objetos únicos, como una biblioteca con sólo incunables.

Ello nos da una idea del tránsito veloz que han tenido en nuestro país los acontecimientos económicos. De aquella Feria de Muestras que en modo alguno podía usar legítimamente el plural a esta auténtica Feria de Muestras de los años últimos, media un abismo. A lo largo de los años de la posguerra y de la economía dirigida, el esfuerzo de los organizadores de la Feria de Muestras de Barcelona era impropio. Se trataba de hacer una Feria de Muestras sin muestra alguna; se trataba de exhibir, de algún modo, una muestra individualizada de algunos adelantos que se producían en el exterior, que mirábamos con los ojos de un niño que contempla golosinas en un escaparate. La evolución de los acontecimientos ha sido vertiginosa. En los años actuales, la vitalidad, la variedad, la autenticidad de lo que se exhibe en la Feria la sitúa en primer término entre todas cuantas se celebran en este sector del mapa.

Hemos recorrido distraídamente el recinto y nos parece un índice elocuente y convincente del signo de los tiempos. La vitalidad de la industria española se atestigua a cada instante. La Feria responde ahora a su denominación, allí se realizan transacciones de verdad. Asomarse a los "stands" es vivir un renuevo de la tradición mercantil de los mejores tiempos, adecuada al vigor de los años que vivimos. Así lo entienden también los participantes extranjeros. El pabellón belga, por ejemplo, es el más nutrido e importante que aquel país ha enviado a cualquier manifestación comercial colectiva en los últimos años, lo que indica la importancia que da a la Feria de Muestras de Barcelona. Los Estados Unidos modificaron ya en la edición anterior de la Feria su criterio. Hasta entonces el pabellón americano había sido una exhibición de propaganda dirigida al gran público sobre las virtualidades genéricas de los Estados Unidos; ahora es un pabellón de eficacia comercial, con vistas al negocio. Por lo que se refiere a la Gran Bretaña, a pesar de que no hace más de dos meses que se inauguró en el mismo recinto la Exposición Industrial Británica, el pabellón de la Feria contiene lo más relevante de aquella primera exhibición, de modo que de hecho las transacciones mercantiles no han dejado de producirse ininterrumpidamente desde hace tres meses entre casas inglesas y españolas, con cifras muy importantes, en el recinto de Montjuich. Y en cuanto al número de visitantes, este año se dice que, pese a que la duración de la Feria será más corta, sobrepasará la cifra de los dos millones, una buena parte de ellos extranjeros.

Ya ha pasado el tiempo en que los diminutos Almirantes se enamoraban de las grúas. La Feria de Muestras de Barcelona es algo muy serio. Hoy es un anticipo de Mercado Común, un ensayo general de mercado común. Es un gozo pasear por ese parque, entre tráfago de visitantes y ruido de altavoces, e ilusionarnos con la idea de nuestra cabal rehabilitación económica y social.